



Misa de clausura

Reflexión sobre la Palabra

Fil 2, 1-4; Mc 6, 30-34

24 de octubre de 2015.

Queridos Hermanos,

Según las normas, no estoy autorizado a dirigir la homilía, puesto que no soy una persona ordenada. Es decir, no soy ni diácono ni sacerdote ni obispo. No obstante, tampoco es que se pueda decir que soy un «desordenado»; al igual que vosotros, no dejo de ser, por la gracia de Dios, un bautizado, nada menos que un hijo de Dios. Por lo tanto, soy hermano vuestro. En virtud de lo dicho, y contando con la asistencia del Espíritu Santo, me atrevo a dirigiros una reflexión sobre la Palabra de hoy. Además, el Hno. Nelson me ha dado permiso y estoy seguro de contar con vuestra aquiescencia.

Dicen que “las mejores fragancias se guardan en frascos pequeños”. Algo así sucede con las lecturas de hoy, pues aunque breves, encierran una gran riqueza.

El Evangelio de Marcos nos dice: «Después de su primera misión, los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado» (v. 30). A continuación, Jesús les invita a retirarse a un lugar apartado para descansar: «Venid también vosotros aparte a un lugar solitario para descansar un poco» (v. 31). Y dicho y hecho: se fueron «en la barca, aparte, a un lugar solitario». La barca es símbolo de la Iglesia, dentro de la cual se reúnen los fieles con Jesús.

Retiro, silencio, soledad, descanso. El descanso bien entendido resulta indispensable para ejercer la misión. Podríamos resumir el texto del Evangelio de hoy con las siguientes palabras: Los discípulos de Jesús se reúnen con Él para descansar; se reúnen después de haberse entregado a fondo en la misión y antes de ser enviados de nuevo en misión.

Contemplemos la escena: Los apóstoles se hallan reunidos con Jesús. Toda una imagen, toda una enseñanza, toda una manera de ser y de obrar. Reunidos en torno a Jesús, los apóstoles le cuentan lo que han enseñado y las maravillas que han realizado en su primera misión. Notemos la acogida de Jesús a sus amigos y la confianza de los discípulos en Jesús.

Los medios de comunicación social nos muestran a cada paso grupos de personas que se reúnen movidas por los mismos sentimientos, por objetivos semejantes, por dificultades y problemas parecidos, o a causa de un éxito común. Así sucede en el mundo de la política, del trabajo, de los espectáculos, de los deportes, etc.

Hermanos, nos hemos reunido durante dos semanas con Jesús. El logo de nuestra Conferencia General es muy sugerente: Nosotros, Hermanos

del Sagrado Corazón, somos una comunidad reunida en torno del Corazón de Dios para estar próximos unos a otros, para estar juntos, para estar con Jesús y nuestros hermanos; nosotros somos también un equipo llamado a desempeñar una misión.

A lo largo de estas dos semanas hemos vivido la «comunión en el Espíritu», nos hemos reconfortado, nos hemos animado estrechando los vínculos fraternos. Olvidándonos de nosotros mismos, nos hemos abierto a nuestros hermanos para vibrar con las mismas disposiciones, el mismo amor, los mismos sentimientos. Sentimientos que son los de Cristo Jesús (cf. Fil 2, 1-4).

La disposición que nos une como Hermanos para una misión de servicio es el amor de Dios. Es, al mismo tiempo, el amor a nuestros hermanos. Y es, finalmente, el amor a las personas que encontramos en el ejercicio de nuestra misión profética.

En nuestro logo, el Corazón está en el centro. La *Regla de vida* nos enseña que Jesús ocupa el lugar primordial de nuestra existencia: «Está en el centro de nuestras motivaciones y referencias, así como en el principio de nuestro don total y de nuestra acción apostólica» (R 112).

El Espíritu Santo nos ayuda a conocer en profundidad el gran amor que Jesús profesa al Padre y a cada uno de nosotros. Este amor se manifiesta de manera admirable en su costado abierto y en su Corazón traspasado, signos del misterio de su amor, del amor sostenido e indefectible que le llevó al don total de sí mismo en la cruz.

Retiro, silencio, soledad, descanso. El lugar para descansar junto a Jesús puede ser nuestro cuarto, el jardín, la naturaleza, la sala de comunidad, etc. Dios está en todas partes. Pero un lugar muy apropiado es la capilla, porque la fe nos revela que Jesús está presente de manera especial en el Santísimo Sacramento. Y si me lo permiten, podemos decir que en el Santísimo Sacramento su presencia es más profunda, más íntima, más real.

Centrémonos ahora en la misión profética con la gente. Jesús y sus amigos parten hacia la otra orilla del lago para alejarse de la muchedumbre; sin embargo, a pie, acude a ellos gente de todos los pueblos. El Evangelio añade: «Al desembarcar, (Jesús) vio una gran multitud y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas sin pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas» (Mc 6, 34).

Jesús es el testigo de la misericordia del Padre, de su ternura, de su bondad. Jesús enseña, cura, consuela, reprende, comunica la paz y la alegría de vivir... Jesús salva. Jesús es la buena noticia para la gente que encuentra en su camino, especialmente para los pecadores, para los enfermos, para los no amados, para los pobres.

Nosotros, hoy, somos continuadores de la misión de Jesús. Ponemos a su disposición nuestros brazos, nuestros pies, nuestro espíritu, nuestra voluntad, nuestra alma y todo cuanto somos al decirle: «Señor Jesús, toma mis ojos, mis oídos, mis brazos, mis pies, mi espíritu, mi voluntad, mi alma. Toma cuanto soy y cuanto tengo para continuar tu misión de

ofrecer salvación y esperanza al mundo de hoy, en especial a los niños y a los jóvenes más necesitados.

De todo lo que acabamos de expresar, deducimos que nuestra vida fraterna de consagrados en el Corazón de Jesús para el servicio de la misión, se resume en dos elementos que se alternan con un movimiento continuo de flujo y reflujo. Dichos elementos son: el encuentro con Jesús para descansar junto a Él y el encuentro con Jesús en las personas para las que somos buena nueva en nuestra misión profética. Dicho de otro modo, –recordando a Jesús cuando descansaba en Betania en casa de sus amigos– pasamos alternativamente de la casa de reposo junto a Jesús, a los caminos de la misión; y de los caminos de la misión, al descanso junto al Señor.

Al acabar esta Conferencia General, quiero expresar mi agradecimiento más sincero a cuantos han contribuido a su buen desarrollo. Gracias a todos los participantes y a quienes han trabajado en su preparación y en su ejecución. Y gracias en particular a los miembros de la comunidad de la casa general y al personal de servicio.

En esta Eucaristía, agradecemos al Señor todo lo que hemos vivido juntos durante estas dos semanas. Le damos gracias también por la entrega de los agentes de nuestra misión profética en los diversos lugares del Instituto.

Por intercesión de Santa María de la Esperanza, de nuestros Santos Patronos, del Padre Andrés Coindre, de los Hermanos Javier y Policarpo y todos nuestros predecesores, rogamos al Señor para que esta misión continúe a lo largo de los tiempos y se renueve más y más cada día.

Ametur Cor Jesu! Ametur Cor Mariae!

Roma, a 24 de octubre de 2015.

JICO